



Mujeres predicadoras: alumbrar la Palabra

Eloísa Braceras, O.P.

En la historia de la Orden Dominicana ha habido figuras femeninas asociadas a la predicación. No puede ser de otra manera, cuando su propia patrona es predicadora de los propios apóstoles.

María Magdalena no es la única mujer que llega al sepulcro con una intención y sale de allí con otra bien distinta; llega con la misión reservada a cualquier mujer -ungir el cuerpo de Jesús, prepararlo para permanecer en el sepulcro- y se encuentra con la misión propia de los más escogidos hombres: predicar una noticia increíble, que iba a ser difícil de creer, y mucho más de aceptar, sobre todo de boca de una mujer. Fue tachada de loca, y su evangelio eliminado del canon, por razones no del todo claras. No es esto lo que nos ocupa ahora. María Magdalena, una "histórica"¹ que sale corriendo del sepulcro para proclamar, predicar, la vida. Dar vida no es nada nuevo para la mujer de aquella época, proclamarla sí, y convertir la vida en palabra y la palabra en vida, más aún.

Desde Eva, pasando por las heroínas bíblicas -Judit, Rut, Ester, y también las hijas de Lot, aunque la licitud moral de su acción pueda ser puesta en entredicho- las mujeres en la Biblia tienen el cometido de dar vida, generar vida. No todas lo hacen, pero todas pelean con sus armas de mujer. Una suerte poseerlas. Una suerte poder generar vida. Una bendición, y si no que se lo digan a Sara, a la anónima madre de Sansón, a Raquel... Después de haber pasado por las mujeres del evangelio -Isabel, María, la otra María, Marta, la adúltera...- en María la de Magdala vemos otra manera de generar vida, de procrear. En ella vemos que dar vida no se hace solo a través de la maternidad, sino transmitiendo las palabras. No podía haber otra inspiradora y protectora para la Orden. Palabra y vida.

Las mujeres de la Orden no solo tenemos que transmitir la palabra; también tenemos que generar vida a nuestro alrededor. Las mujeres de la Orden no necesitamos gestar vida en nuestro vientre para generar vida ni subirnos a un púlpito para ser predicadoras. La de Magdala nos mostró otro camino: el camino del servicio hacia la tarea más humilde y desagradable con la persona a la que amamos, el camino de la sorpresa, del asombro, de la fe, de la carrera rauda hacia nuestro pueblo... y también, por supuesto, el del torrente de palabras. Es una suerte en una historia de la Iglesia que no ha sido especialmente generosa con las mujeres en general, y con el ministerio de la predicación de las mujeres en particular. La llamada de una mujer para transmitir vida no podía ser de otra manera en la Biblia- predicando a los hermanos justo al inicio de la misión apostólica es una verdadera suerte. O mirándolo desde la fe, una Gracia.

Pero, ¿cómo hemos traducido esta predicación vital o esta "gestación oral" en la Orden de Predicadores(as)? Intentar elaborar una historia de la predicación de la mujer en la Orden de Predicadores excede con mucho las posibilidades de un breve artículo. Tampoco es la pretensión de quien lo escribe, por lo que nos tendremos que conformar con intentar señalar algunos rasgos de esta predicación hecha vida en cuatro ejemplos sobresalientes de la historia de la Orden. Si nos metiéramos a hablar del momento actual y el papel que la mujer está ejerciendo nos meteríamos en camisas de once varas. E incluso pasaría eso mismo si pretendiéramos retrotraernos hasta dos siglos, cuando la misión de la mujer dentro de la Iglesia cruza los portones de los monasterios y surgen las congregaciones dominicanas. Por tanto, modestamente, nos quedaremos en la Edad Media o principio del Renacimiento.

No podemos pretender aquí hacer un amplio y detallado elenco de mujeres predicadoras en nuestra historia, incluso aceptando, repetimos, quedarnos en los orígenes. Tampoco se trata de hacer una apología de mujeres micrófono en mano. Apenas podremos señalar algunos hitos -pocos y tal vez no del todo justos-, sino forzados por lo que la historia ha hecho que pase a la posteridad, no sabemos si omitiendo los ejemplos más valiosos. Pudiera ser. Son hitos conocidos ya por todos.

Hitos de mujeres que han llevado de la mano palabra y vida en la historia de la Orden.

Monasterio de Prulla: ayudar a nacer

Si en algún momento dentro de la historia de la Orden la mujer ha realizado el papel que -por naturaleza- se esperaba de ella, no podía ser otro que al principio, en el nacimiento. Las monjas de Prulla son realmente “gestantes” de la Orden, un grupo de conversas medio huidas de la justicia y protegidas por los muros de una iglesia en un terreno fronterizo y crucial -y nunca mejor dicho-, en una encrucijada no solo de caminos, sino de fe.

Dice la historia que Domingo las pone allí como lugar de oración, de “santidad vigorosa y preclara pureza de inocencia”, con “una vida provechosa para sí, ejemplar para los hombres”²; en una palabra, como semilla de lo que más tarde querrá ser la Orden. Predicar, lo que se dice predicar, no pueden; a duras penas, tras mucha negociación, los frailes cinco años más tarde, pero las mujeres de Prulla son las primeras predicadoras de la Orden, al igual que predicar, lo que se dice predicar, no pudo María Magdalena, y sin embargo lo hizo. Si Domingo es el padre, ellas son las madres; ellas gestan una espiritualidad que es predicación en sí misma, por la experiencia de oración y de comunidad.

Predicar con las virtudes

Por el sucesor y biógrafo de santo Domingo, Jordán de Sajonia, conocemos casi en intimidad a una mujer: la beata Diana, priora del monasterio de Santa Inés de Bolonia, a quienes unió el lazo de una entrañable amistad, cristiana y humana. Jordán no es maestro espiritual, confesor y mucho menos visitador, sino hermano; hermano de todas las monjas del monasterio y especialmente de Diana. La consuela tras la muerte de su hermano fr. Enrique, le agradece y pide más y más oraciones por las abundantes vocaciones de frailes para la Orden, le previene contra la excesiva penitencia y contra la tristeza, la apatía, la melancolía; le recuerda cariñosamente: “Muchas veces os lo he dicho (...): en las vigiliyas y las abstinencias y lo mismo en las lágrimas, fácilmente se pasa la medida. En cambio, las virtudes nunca pueden crecer demasiado”³. La relación del beato Jordán con Diana, es de amistad y unión fortísima en Cristo, interés sincero y deseo profundo de encuentro; es una relación que anima a una rica vida espiritual, poniendo en juego todas las dimensiones de la persona.

Como ya hemos dicho, no había espacio para la predicación de la mujer en la Iglesia del momento; no podemos pretender encontrar rastro de ello en las cartas del beato Jordán. Debemos conformarnos con la vida que, esa sí, rezuma en todas sus páginas, una vida transmitida y convertida en vocaciones y crecimiento espiritual de los frailes. Sin embargo, sí queremos rescatar el fragmento que transcribimos a continuación, por parecernos bellísimo pero también -sobre todo- por tener como protagonista la Palabra y la palabra, instrumento siempre considerado privilegiado para la predicación.

En este párrafo de una carta fechada en torno a la Navidad, la Palabra y la palabra son enviadas y encomendadas por el Maestro a las monjas; les encarga leerla, rumiarla, acogerla, pensarla y repensarla, transmitirla en el fondo del alma. Jordán encarga a las monjas la práctica interior de la predicación, no sin encomendarles numerosísimas veces la práctica de las virtudes y de la oración:

“... te escribo y te mando la Palabra abreviada y acurrucada en el pesebre, que se ha hecho carne por nosotros. Palabra de salvación y de gracia, Palabra de dulzura y de gloria, Palabra buena y suave; te mando a Jesucristo y a este crucificado, exaltado en la cruz, elevado a la derecha del Padre. Él levante tu alma y sea tu descanso sin fin por los siglos de los siglos. Esta Palabra léela en tu corazón, rúmiala en tu mente y que ella ponga tu boca dulce como la miel. Piensa y repiensa esta Palabra. Que permanezca en ti y habite siempre contigo. Hay también otra palabra breve y pequeña, que es vuestro afecto y vuestro corazón, que satisfará las exigencias de tu amor y hablará en mi favor en lo íntimo de tu alma. Que esta palabra sea también tuya y que permanezca siempre contigo”⁴.

¿Beguinas o dominicas? Dominicas

Es bien conocida la influencia que las beguinas, mujeres pertenecientes a ese movimiento medieval de religiosidad de gran componente místico, y sin embargo popular, tuvieron en los llamados “místicos renanos”, dominicos. Como ellas, quisieron -conscientes o no- llevar la religiosidad a un amplio público, pero una religiosidad no “de baja calidad” o sencillamente beata, condicionada por la jerarquía y las prácticas populares ligadas a las indulgencias y salvación eterna, sino una religiosidad de carácter místico. Los dominicos de la escuela renana llevan la mística a la calle, esa mística de cierta influencia femenina que no abandona, sin embargo, la fuente tomista y el conocimiento teológico propios de la Orden.

Las beguinas no pertenecen a la Orden, más bien nacen en el contexto de la espiritualidad cisterciense, desgajadas de la vida monacal por circunstancias económicas y sociales. Tampoco fueron propiamente mujeres predicadoras, aunque sí escritoras.

Nos interesa ahora fijarnos en un ejemplo concreto, que guarda relación con este movimiento medieval y con la Orden de Predicadores al mismo tiempo. Nos referimos al convento de Santa María de las Dueñas de Zamora. María Luisa Bueno, profesora de Historia Medieval de la UAM, da el siguiente título a uno de sus trabajos: "Santa María de las Dueñas de Zamora, ¿Beguinas o monjas? El proceso de 1279"⁵. A lo largo de veinte páginas la autora desgrana diferentes elementos de una problemática fundación y, en general, de un problemático monasterio, sujeto a un obispo al que se declara rebelde, acusado de desobediencia y de turbios aspectos económicos. Se subraya la íntima relación del nacimiento del monasterio con el nacimiento de la Orden, relacionado a su vez con las nuevas necesidades y aspectos económicos y sociales de la Baja Edad Media. A su vez, la fundación del monasterio parece responder a una iniciativa privada de un grupo de viudas, que subvencionan la formación de un pequeño oratorio buscando el apoyo recíproco en la soledad e indefensión social. Es en este sentido en que tienen aspectos relacionados con lo que será el movimiento de las beguinas, pero sin olvidar que será desde el inicio un monasterio ligado a la Orden y formado en su Regla y Constituciones.

Sin entrar en detalles que no interesan aquí al respecto de las controversias con el obispo de Zamora, sí cabe señalar que la desobediencia de las monjas "pondría en tela de juicio los numerosos tratados de religiosidad medievales en los que la mujer era apartada del saber, de los conocimientos, pensada como un ser al margen de lo intelectual que no podía llegar a comprender las cosas del mundo del espíritu. Por razones de formación, las Dueñas no pueden ser consideradas pobres intelectualmente hablando" (pp. 91s). La Orden apoya este monasterio, y todo parece indicar que las Dueñas no permanecían recluidas en el convento, sino que salían, eran conocidas en la ciudad y sabían hacer valer sus derechos, tanto por su posición económica como por su formación intelectual. Defienden cierta independencia diocesana. Parece que se gesta una forma diferente de vivir la religiosidad dentro del universo femenino en relación con otros modelos, como el benedictino (cf. p. 95).

No olvidemos que en lo que en estas pocas páginas queremos centrarnos es en la predicación de la mujer. Pues bien, después de un serio y doloroso conflicto, las monjas de Dueñas utilizan un medio poco común entre las mujeres de la época para ellas mismas manifestarse, no por voces masculinas. Se trata de cartas, cartas fijadas en paredes o arrojadas en el coro, con un mensaje concreto: las Dueñas son de la Orden de Santo Domingo (cf. p. 103). Este aspecto es tremendamente novedoso. Que las mujeres tuvieran una amplia formación intelectual ya es reseñable, como lo es que protagonicen sus propias decisiones y se opongan a la tutela episcopal, llevadas por el deseo de pertenencia a la Orden, pero que *prediquen por escrito*, aunque sea en el contexto y con el objetivo de posicionarse de uno de los "bandos" ante una división intestina... eso es algo que, queremos pensar, solo dominicas podían llevar a cabo. En opinión de la autora, los propios dominicos estaban por detrás de esta "correspondencia" -ciertamente tendenciosa-, pues ellos mismos les facilitaron cartas donde justificaban su identidad, cartas pasadas a través de huecos en las paredes del monasterio (cf. p. 105).

No hay duda: las monjas de las Dueñas, dominicas, fueron representantes de una religiosidad combativa, muy en la línea del movimiento beguino, pero también de la espiritualidad dominicana. Son mujeres testimonio por sí mismas, y además con la suficiente preparación y capacidad intelectual para permitirse predicar no de viva voz, pero sí por escrito. La *vida* que este grupo de mujeres, en su origen viudas, trasmite a la ciudad y diócesis de Zamora, parece estar preñada de un mensaje: la espiritualidad se puede vivir en la calle y con independencia de la autoridad impuesta; la espiritualidad no responde necesariamente a unos cánones establecidos ni el papel femenino es necesariamente la sumisión. Beguinas o no, ciertamente dominicas.

Santa Catalina de Siena

El asunto de las cartas de que hemos hablado no puede menos que recordarnos a otra dominica, de presencia obligada en estas pocas páginas. No se puede pensar en predicación en femenino dentro de la Orden sin pensar en Catalina de Siena, y pensar en ella nos hace recordar sus cartas, su predicación escrita, atrevida... aunque casi analfabeta.

Ciertamente es innecesario querer narrar aquí la vida de quien se convertiría en patrona de Europa. Su relación con la Orden de Predicadores, su vocación a la vida ascética, mística y monacal -truncada tanto por circunstancias humanas como por la propia llamada a la misión en la Iglesia-, su pertenencia, no exenta de

críticas y dificultades, al movimiento de las *mantellate*, su papel como mediadora en los graves conflictos eclesiales del siglo XIV... son bien conocidos. Impensable la predicación en público. No podemos olvidar que en principio hasta a los hombres les estaba negado el derecho a predicar, reservado como estaba -reserva que Domingo consigue echar por tierra al conseguir de Inocencio III el título de *Predicadores*- a abades y obispos; si bien es cierto que ha pasado un siglo, la predicación femenina es a todas luces impensable.

Impensable, insistimos, la predicación *en público*. Ciertamente no será esa la predicación de Catalina. Ni falta que hace. Por sus cartas⁶ sabemos la influencia que la inculta y humilde *mantellata* ejerció en la Iglesia, a través de la figura del mismísimo papa (¡uno de tantos en ese momento!). Conforme a su tiempo, Catalina entiende por "Iglesia" a la jerarquía y ella, como buena esposa de Cristo, atiende a los intereses de esta institución apostólica. Son bien conocidas las estrategias utilizadas por Catalina en su favor, estrategias que le valieron el título de Doctora de la Iglesia. Amante de la Iglesia, y siempre respetuosa de la autoridad legítima, no duda en poner en juego su propio dolor en pro de la reforma eclesial. Como hija de su época, sacrificios y ascesis forman parte de su movimiento de reforma; sin embargo, hay otro tipo de obras, consideramos que de mayor eficacia, y que son otro tipo de predicación.

Nos referimos, obviamente, a sus cartas: 381, de las cuales 23 dirigidas a papas, con el objetivo de evitar la lucha fratricida que después se convertiría en cisma. Predicadora de la paz, no dudará en dirigirse así al propio Gregorio IX: "*¡Oh Santísimo Padre, dulcísimo papaíto mío; [...] No más guerra, en modo alguno. Aun cumpliendo con vuestro deber, se puede conseguir la paz. Que la guerra sea contra los infieles, que es donde debe estar*"⁷.

Si pretendiéramos aquí pormenorizar el contenido y la temática de las cartas de Catalina, y por tanto de su predicación, no sería posible. Debemos conformarnos con la existencia de este tipo predicación y con la vivencia de esta doctora peculiar, falta de letras y, sin embargo, con torrente de palabras... ¡y qué palabras! Sin duda, fiel hija de Domingo y hermana de la Orden. Dominica y predicadora.

El carisma de la predicación en la Orden no tiene rostro masculino, como no es masculino el Espíritu que la anima. Tampoco femenino. Tiene rostro de humanidad, hombres y mujeres con un objetivo en el horizonte, ese horizonte de utopía que solo sirve para caminar hacia él: el Reino de Dios, predicarlo y, predicándolo, realizarlo. Si las mujeres de la Orden ya predicaron cuando tal misión era imposible, ¿cómo no hacerlo ahora, en la Iglesia del XXI, ochocientos años después del nacimiento de nuestras madres de Prulla?

Eloísa Braceras, O.P., pertenece a las Dominicas de la Anunciata

- 1.- Así se expresa el historiador Celso respecto a los acontecimientos de la resurrección: "*Sólo una mujer histérica parece haberlo visto*" (*Discurso verdadero*, 2,55). Tal vez esta no fuera opinión apenas de un furibundo instigador contra el cristianismo.
- 2.- Cf. Beato Jordán de Sajonia: *Escritos sobre Santo Domingo*, n. 27, en GALMÉS, L. - GÓMEZ, V.: *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*, BAC, Madrid, 1987, p. 93.
- 3.- Carta del beato Jordán n. 41, en *Cartas a Diana y otras religiosas*, OPE, Burgos, 1984, p. 42.
- 4.- *Idem*, p. 86.
- 5.- *Historia, Instituciones, Documentos*, n. 20, 1993, pp. 85 a 103
- 6.- En castellano: SALVADORY CONDE, J.: *Epistolario de Santa Catalina de Siena*, San Esteban, Salamanca, 1982.
- 7.- *Idem*, p. 880.